

# **DIARIO DEL OLVIDO**

Bernardo Claros



## ¿Qué es esto?

Este libro es la culminación, que no el final, de una historia que comenzó en septiembre de 2002. Por aquel tiempo un amigo residente en Estados Unidos, conociendo mi afición a la escritura desde pequeño, me sugirió que abriera un blog en Internet, que era lo que estaba de moda entonces al otro lado del Atlántico. Yo hasta ese momento no había escuchado hablar ni tenía la menor idea de lo que era un blog. Eran los comienzos de Internet, cuando teníamos que esperar hasta las seis de la tarde para disfrutar de la tarifa plana tras unos chirriantes pitidos, varios intentos fallidos y frecuentes cortes en la conexión que ponían a prueba nuestra paciencia además de dejar incomunicados sin teléfono a toda la familia en la antediluviana era anterior a los móviles.

En aquella época yo andaba un poco (más bien diría bastante) perdido, sin trabajo, sin expectativas y frustrado en mis esforzados intentos de escribir tras haber dado torpemente forma a una especie de novela que permanece guardada en un cajón y las posibilidades que me ofrecía el blog me resultaban atractivas. Así, una madrugada (entonces acostumbraba a trasnochar para estudiar las oposiciones con escasa fe y convicción) decidí crear eso que llamaban blog o en castellano empezaban a denominar bitácora e improvisé un título y una historia sencilla sin pensarlo mucho. Como una especie de broma sin gracia le puse de título “Memorias de un amnésico” y fingí ser una persona que una mañana se despertaba sin recordar nada de su

vida pasada. Me pareció lo más adecuado para comenzar un proyecto en el que no confiaba demasiado y que no pensé que fuera a durar, hacerlo sin el peso comprometedor de un pasado, y la mejor manera de evitar tener que dar explicaciones sobre quién era y qué pretendía.

A los pocos días descubrí que el título ya había sido utilizado anteriormente para una recopilación de textos del célebre compositor francés Enrik Satie y para que no me acusasen de plagio decidí cambiarlo provisionalmente por el más poético de “Diario del olvido” a falta de hallar uno mejor y que sin embargo ha mantenido desde entonces, y decorarlo con la imagen del conocido cuadro de Friedrich “El caminante ante el mar de nubes” con la que se ha identificado todos estos años. Poco a poco fui aprendiendo a hacer cambios en el diseño para darle un aspecto más personal y atractivo y a comprender las normas del género. Logré posicionarme en buen lugar en los primeros portales de blogs (recuerdo especialmente con añoranza bitacorras.net) y conocer a otros de aquellos primigenios bloggers con los que intercambiábamos comentarios y opiniones.

Lo que comenzó como una broma que creía que duraría poco ha ido desarrollándose a lo largo de casi dos décadas con frecuentes abandonos desencantados, a veces de varios años de duración, y regresos intermitentes más o menos fructíferos. Idas y venidas habituales hasta que a finales de 2017 decidí retomarlo e intentar mantener una mayor continuidad para darle un nuevo impulso, y unos meses más tarde empecé a utilizar Instagram para su difusión.

En contra de lo que muchos creen, los textos

del “Diario del olvido” no son autobiográficos, aunque la mayoría surjan de experiencias propias, ideas, lecturas, vivencias o sensaciones reales como punto de partida para convertirse después en literatura más o menos alejada de la realidad. Tampoco son poesías o prosa poética, ni siquiera un diario personal más o menos ficticio o pensamientos filosóficos ni reflexiones íntimas, pero sí tienen un poco de todo eso. Son lo que en realidad comenzaron siendo y nunca han dejado de ser, un blog (por suerte la denominación bitácora acabó naufragando en la red), que reivindicó como un género genuino en sí mismo, reflejo de los tiempos actuales, rápidos y directos, diferente de todo lo anterior, fogonazos que iluminan una parte oscura de mi mente para perderse después en el olvido. Textos pensados para ser leídos en su medio (¿el medio es el mensaje?), escritos en el poco tiempo del que disponemos hoy día, sin demasiada revisión, acompañados de imágenes que completen o encuadren mejor las ideas y abierto al comentario y el debate de todo el que lo lea, que completan y amplían su sentido.

A lo largo de estos años, muchas de las personas que se acercaban a él me sugerían la posibilidad de publicarlo en forma de libro y ahora, después de más de 600 textos y dieciséis años, he creído que ha llegado el momento oportuno de hacerlo, de darle una nueva vida a textos que tienen más de una década para que no se pierdan en el olvido para siempre, pero, para no traicionar el espíritu del género, dejarlos tal y como fueron publicados, sin añadir nada ni cambiar más allá de posibles errores gramaticales o evidentes fallos de

estilo fruto de la improvisación, la inexperiencia y la premura de tiempo con que fueron escritos. Pueden leerse seguidos o abriendo cualquier página al azar, sin ningún orden, pues no hay entre ellos ningún hilo de continuidad aunque sí pueden apreciarse evidentes cambios de estilo en función de la época en que fueron escritos.

Para esta recopilación he escogido 400 textos, a pesar de que siguen publicados en Internet tanto en el blog como en Instagram, más bien como un objeto fetiche para mí mismo y quienes así deseen conservarlos, sin ningún sentido comercial, porque ¿quién iba a pagar por algo que puede leer de forma gratuita y más sencilla en su móvil, acompañados de bellas imágenes que enriquecen considerablemente los textos? Nunca se sabe. Como decía aquel, “hay gente pa to”. Si estás leyendo esto, solo puedo decirte: “Gracias”.

# **Diario del olvido**





Vivir es elegir y elegir es renunciar, tomar decisiones que te comprometen, escoger un camino, una respuesta, un modo de estar en el mundo, romper los diques que aprisionan las aguas y dejar que fluyan hacia su destino sin obstáculos. No hacerlo supone en cambio dejar de actuar y que tu vida se estanque en una apatía insoportable de la que no podrás escapar, perpetuándote sin sentido en un pantano inmutable donde las aguas no circulan y el tiempo parece detenerse. No puedes quedarte esperando a que sucedan las cosas sin intervenir en ellas, abandonando el timón y permitiendo que el viento dirija tu rumbo. Por otra parte, tampoco es posible quedarte con todo, abrazar lo inabarcable y pretender no dejar nada atrás. Puestos a elegir, prefiero apretar que abarcar. Por eso, aunque me cueste mucho, sé que tengo que tomar una decisión, cerrar una puerta para abrir otra, abandonar el sendero que me condujo a esta vía muerta para iniciar uno nuevo lleno de posibilidades, reconociendo y recordando lo bueno y lo malo que viví. Nada asegura que mi elección sea la correcta y es muy probable que me arrepienta mil veces de ella sea cual sea, pero el mayor error sería no elegir, estancarme en una repetición incesante de gestos inútiles que no me conducen a nada y dejar que el tiempo decida por mí. Por eso medito mucho cada una de mis decisiones y me cuestan tanto todas mis renunciaciones, pero sé que he de seguir renunciando a muchas cosas, lugares y personas aunque me duela, pues es la única puerta hacia el futuro.

No me gusta la gente que lleva siempre el paraguas consigo por si acaso empieza a llover y se ponen las botas de agua en cuanto ven aparecer una nube. Los que echan una rebequita por si luego refresca. No me gusta la crema solar ni los guantes de goma. No me gustan los que no se salen nunca del sendero marcado y evitan pisar el césped. Los que meten la puntita del pie en el agua para ver si está fría, los que usan almohadillas para sentarse, los que se esperan a que el semáforo esté verde para cruzar aunque no venga ningún coche, los que no dicen lo que piensan por si les pasa factura. Yo soy más de calarme hasta los huesos, de meterme en todos los charcos, de llenarme de barro hasta el cuello, de saltar sin red y tirarme a la piscina sin mirar siquiera si hay agua. De decir lo que pienso aunque no te guste, de meter la pata hasta el fondo por falta de precaución, de partirme la cara por darla siempre y no esconderme. Porque la vida está para mojarse, para mancharse y lastimarse las rodillas, para sangrar y llorar, para reír y soñar. No para tener miedo al qué dirán ni morderte la lengua para no ofender a nadie. Porque hay gente que merece ser ofendida y otros que se ofenden por todo lo que digas. Así que más te valdría que hicieras y dijeras lo que te dé la gana preocupándote menos por si le gusta a los demás y pensando más en lo que te quieres tú.

Cuando era niño soñaba con poder volar. Cerraba los ojos, abría mis alas y me imaginaba recorriendo la ciudad por el cielo y mirándolo todo con serenidad desde arriba. Desde allí era incapaz de ver aquello que me causaba tanto dolor. No había compañeros humillándote, profesores pegándote y gritándote ni insultos o golpes en el recreo. Conforme fui creciendo comprendí que nunca podría hacerlo. Pero ahora, muchos años después, comprendo que no me equivocaba. Porque he descubierto que para volar no necesitas tener alas, tan solo un poco de imaginación y creer firmemente en tus sueños. Ahora que he aprendido eso, aunque a veces se me olvide, cuando me siento perdido o angustiado cierro los ojos y levanto el vuelo, alejándome así de la cruda realidad cotidiana que me empuja hacia el suelo experimentando toda su dureza, y me elevo muy por encima de mis problemas, sintiéndome por unos instantes invulnerable. Porque todo lo que me parece un obstáculo insalvable no es más que un diminuto grano de arena visto desde las alturas.

Me equivoco mucho más de lo necesario e incluso de lo recomendable, hago promesas sinceras que después no puedo cumplir, me pongo metas que no están a mi alcance y contraigo deudas que nunca podré pagar. Así soy de torpe, estúpido y despistado. Incapaz de aprender de los errores cometidos, ando siempre buscando la misma piedra para tropezar de nuevo, pues es mi favorita. Meto la pata con una facilidad inigualable y me contradigo como si no recordara nada de lo que dije. Por eso acepto sin excusas todas tus quejas, tus reproches fundados y asumo sin pudor mis fracasos. Reconozco mis carencias y pido perdón por los daños ocasionados, me arrepiento con frecuencia y renuncio a lo que no me corresponde, pues sé que no lo merezco. Pero qué quieres que haga, si no sé vivir. Nadie nunca me enseñó la partitura. Solo estoy improvisando.

No es fácil ser yo. Te lo aseguro, no te gustaría. Tocar cielo y fondo en muy poco tiempo, pasar de cero a cien en unos segundos y aún más rápido a la inversa, esconderme de mí mismo para no oír mis reproches y lamentos, fingir sin convicción ni esmero lo que no puedo, querer ser quien no soy, intentar dar lo que no tengo, despreciar lo que poseo, cansarme de mi vida y amarla cinco minutos más tarde, morirme cada día un poco y no acabar nunca de hacerlo, huir de quien me busca y buscar a quien me evita, querer a quien no debo, renegar de mi pasado y renunciar al futuro ante el menor contratiempo, perder la fe enseguida y echarlo todo a perder en un momento, moverme siempre a base de impulsos, incapaz de controlar mis nervios, beber con deleite el veneno que me mata lentamente pero necesito para seguir viviendo, luchar con todas mis fuerzas por algo y no saber disfrutarlo cuando lo consigo. Soy capaz de estropearlo todo con una sola palabra y arrepentirme toda la vida de un silencio. Atrapado en este patético personaje que detesto, te juro que me cambiaría por cualquiera si pudiera hacerlo. No, no es nada fácil ni te lo recomiendo. No pretendo que me compadezcas ni darte pena. Solo necesito desahogarme un poco cuando la vida me asfixia y no encuentro razones para la esperanza ni consuelo.

Ya lo dijo alguien y no me canso de repetirlo: la vida está en otra parte. No en los lunes sombríos por la mañana, no en las rúbricas ni las tareas programadas, no en los balances ni los informes, no en las nóminas ni en las pizarras, no en los fogones ni las cucharas. La vida no es lo que haces para llenar la nevera y comprarte un abrigo, sino lo que te abriga el corazón y te llena el alma. No es lo que haces para agradar a los demás, sino lo que piensas cada noche antes de dormir, lo que sueñas en tus momentos de soledad, lo que eres cuando nadie te ve, lo que sientes al conseguir tus retos que creíste imposibles, lo que haces para agradarte a ti mismo. No está en la evaluación de resultados ni en cumplir etapas, sino en las tardes al sol sin hacer nada, en correr bajo la lluvia de abril, en tus pensamientos furtivos de madrugada, entre las páginas de ese libro que has leído cien veces, en las notas de esa canción que después de tantos años aún te emociona, en esa escena que te conmueve y te hace llorar a escondidas. La vida está en otro lugar, en las charlas infinitas con los amigos en las que el tiempo parece que no pasa, en los amores apasionados y los fracasos estrepitosos, en los abrazos y los besos por nada, en lo que se recibe sin factura y lo que se regala sin motivo, en las palabras de un padre y la sonrisa de un hijo, en la ilusión recobrada, en las derrotas y las revanchas, en compartir deseos y esperanzas, en caminar juntos sin prisa hacia ninguna parte, en la búsqueda sin mapa de tesoros perdidos y verdades vetadas, en los silencios que tanto dicen y las miradas que hablan, en las risas desatadas y también, por supuesto, en las lágrimas.

No soy de los que se conforman con poco. No me quedo satisfecho con probar el plato y dejarlo a un lado, sino que lo rebaño y me chupo los dedos. No me sacia la sed un solo vaso. Siempre pido más. Necesito llenar mi estómago hasta arriba para calmar mi apetito sin fondo y si no es así, prefiero no probarlo. No sé esperar ni aguardar mi turno. Lo quiero todo aquí y ahora. Mejor nada que poco. Mejor nunca que tarde. Mejor hoy que mañana. No me valen los sucedáneos ni los edulcorantes. Siempre busco lo original y auténtico. Prefiero una indigestión a quedarme con hambre. Soy compulsivo y voraz en mis instintos. Cuando empiezo no sé cómo parar hasta llegar al final. Si quiero algo lo quiero a toda costa, sin importarme el precio que deba pagar. Lo que me gusta me enloquece, lo que me disgusta me da asco. No escribo a lápiz por si tengo que borrarlo, si me equivoco asumo el error y sigo adelante. No apuesto nunca a más de un número sino que pongo todo lo que tengo al mismo, aunque me arriesgue a perderlo de un plumazo. Si empiezo algo lo acabo como pueda, aunque me cueste la vida, pero nunca abandono antes de cruzar la meta ni me rindo sin intentarlo todo. Prefiero la derrota al empate, lo frío a lo templado, el cero al seis y medio, el desastre a la apatía, la tempestad a la calma, el odio a la indiferencia. Así que si no estás dispuesta a darme todo lo que pido, mejor no me des absolutamente nada.

Por qué mi felicidad tiene siempre que estar reñida con la de los demás. Por qué me resulta imposible hallar la fórmula ideal que combine ambas por igual. Por qué lo que yo quiero nunca es lo que tú quieres, sino más bien lo contrario. Cuando yo subo tú bajas, cuando pierdo tú ganas, si me hundo te salvas. Si renuncio tú sonríes, si me entrego a mis deseos lloras desesperada, si me ahogo tú nadas, si me levanto tropiezas, si caigo vuelas alto. La búsqueda de mi bienestar emocional provoca siempre graves efectos colaterales. Sé que hago daño con mis decisiones, pero no puedo renunciar a lo que necesito ni fingir lo que no siento solo para contentarte. Son nuestras emociones opuestas, nuestras intenciones contrarias, instintos imposibles de sincronizar, mi alegría tu tristeza, mi pena tu calma, como fuerzas enfrentadas que nunca suman sino restan. Porque siempre quiero lo que te hace daño, porque no puedo vivir sin quien te hiere, porque amo el veneno que te mata. Tenemos un mismo fin pero distintos medios. Nunca estamos de acuerdo en algo. Lo sé, soy incorregible, egoísta y nocivo. Así que hoy ofrezco mi rendición incondicional. Lo he intentado durante mucho tiempo y el resultado siempre ha sido perjudicial para ambos, por lo que he abandonado la fe mas no aún la esperanza. Me declaro incapaz de conjugar nuestros deseos. ¿Significa eso que he de renunciar a los míos?



Casi siempre pienso que no estoy a la altura, que son inmensos mis defectos y escasas mis virtudes, que no soy un buen padre, un buen marido, un buen amigo, un buen profesor o un buen hijo. Si analizo mi comportamiento tengo razones de sobra para opinar así, por lo que prefiero no hacerlo y dejarme llevar por la rutina redentora resignado a no ser más que lo que puedo ser, tan poco, tan torpe, tan mal, convencido de que no tengo remedio, que soy un auténtico fraude, que no cumplo con lo que de mí se espera, que no hago lo que debería y por supuesto no merezco lo que tengo. Trato de pasar desapercibido, me refugio de mis problemas en ocupaciones vanas que sustituyen a lo que debería ser mi vida, como un impostor avergonzado intentando no ser descubierto. Pero quién dice qué es ser un buen padre, buen hijo o buen marido. Quién marca las normas, quién puede considerarse un ejemplo, quién no está lleno de dudas y temores, quién no despierta de noche pensando que algo va mal. Nadie, salvo los necios, está convencido del todo de hacer lo que debe, de no meter la pata hasta el fondo cada dos por tres, de no equivocarse en las decisiones que toma incluso sin darse cuenta y no hacer daño a la gente que quiere. Todos tenemos esos miedos e inseguridades y plantearnos la duda nos hace mejores. Tal vez el secreto sea no intentar ser como otra persona, dejar de compararte con los demás, admitir tus diferencias sin pretender ser perfecto, reconocer tus errores y valorar tus aciertos y aprender a vivir con ambos sin exigirte tanto, para al fin descubrir que no tienes nada que envidiar a nadie. Porque solo de ese modo conseguirás ser la persona que quieres ser: TÚ.

Siempre tuve la sensación de que algo iba mal en mi cabeza, que aquí dentro algo no funcionaba del modo en que debería. Que tenía algún defecto grave, alguna tara irremediable. Que yo no era normal. Y cada día que pasa no hace más que confirmar mis sospechas y alimentar mis temores, porque mis ideas y reacciones no suelen ser bien acogidas por la gente y al mostrar mis sentimientos no suelo obtener más que rechazo y decepción. Me rompo con facilidad, me equivoco mucho más de lo habitual, elijo mal el objetivo de mis esfuerzos, apunto en la dirección incorrecta y recaigo una y mil veces en el mismo error infantil que me condena. Porque me empeño en creer que los demás piensan y sienten igual que yo, o que al menos alguien lo hace y no es así, porque confundo las señales y tomo siempre el camino equivocado hasta verme encerrado en un callejón sin salida del que no sé cómo escapar. No, no soy normal. Soy un fallo evolutivo, un eslabón perdido hacia el abismo, un tarado sentimental, un elemento extraño en un mundo hostil que no logro comprender y en el que no encuentro refugio. Nunca aprendo la lección aunque me lo proponga después de cada fracaso, y sé que volveré a tropezar de nuevo, porque soy incapaz de convertirme en alguien diferente a quien soy, en esa persona cabal y equilibrada que me gustaría ser y estoy condenado a sufrir para siempre las secuelas de esta estúpida y ridícula forma de sentir.

Hoy aquí, mientras serenos compartíamos confesiones y silencios sin pedir nada a cambio y erigíamos confiados destinos triunfales, confiando en que el futuro nos concederá una tregua en nuestros desvelos, he imaginado cómo recordaríamos estos momentos dichosos cuando seamos otros en lugares lejanos, no crucen nuestras vidas por los mismos transitados senderos y ni siquiera nos reconozcamos al vernos, cuando la juventud sea solo una página gastada del pasado que no nos guste repasar, nuestros sueños de esplendor hayan despertado a lo real, el olvido destruya casi todo lo que fuimos y tengamos miedo a lo que seremos; y así, al pálido sol primerizo de febrero, en esta fugaz eternidad detenida que sin buscarlo a veces el tiempo concede, con la certeza de que no abundan instantes de paz como este y que nunca nada volverá a lo que fuera, una lágrima escondida ha dibujado mi rostro y he amado esta tarde de un modo más intenso.

Cuando estás en lo más alto vuelves a caer abatido por las flechas de la incertidumbre y tu vida entera pasa ante tus ojos como un melodrama barato de sobremesa, mientras te lamentas de haber sido tan necio para seguir ciegamente las luces falaces que te conducían al precipicio y juras que si sales vivo de esta nunca más volverás a dejarte engañar por una sonrisa amable o unas palabras cercanas y pones a Dios por testigo de que nunca más volverás a querer a nadie. Tras el impacto, sin aire que respirar y bajo un volcán a punto de estallar, te asfixias dentro de un túnel cuya salida no adivinas, pidiendo una tregua en tus cien años de soledad. Pero el tiempo pasará y el dolor de tus huesos gastados será anestesiado por gente corriente que te ofrece un poco de consuelo y pensarás que al fin y al cabo la experiencia no estuvo mal, que hubo momentos que hicieron que valiera la pena arriesgar y comprenderás que sin dolor no hay placer, sin fracaso victoria y que sin carbón no hay Reyes Magos, y te adentrarás en las tinieblas de tu corazón buscando el tiempo perdido para sufrir una profunda metamorfosis que te convierta en todo lo que siempre deseaste ser, concediéndote la ansiada alegría de vivir, por lo que te embarcarás en una nueva locura sabiendo de antemano que también esto pasará y que la próxima caída será aún más dura y puede que tu cuerpo y tu mente cansados ya no soporten el golpe, pero si sobrevives no te quedará más remedio que levantarte y echar a andar, pues naciste para correr, y emprenderás de nuevo el viaje a ninguna parte sabiendo que después de cada uno de los muchos fracasos que aún te quedan por vivir tendrás una y otra vez que volver a empezar.

Fueron nuestras breves horas el único refugio que hallé. Solo en ti tuvo sentido la vida, antes de que hubiera un después y el silencio se adueñase de mí, incapaz de encontrar un sentido. Hoy sigo girando alrededor de ti aunque ya no estés, condenado al exilio de tu ausencia en esta nada gélida que a veces tanto quema, rodeado de la ineficiente multitud que no alivia la soledad ni consuela. Ya no me importa esta vida absurda que no comprendo ni deseo y abrazo a la muerte como fiel compañera. Solo temo del final que conmigo muera para siempre tu recuerdo. Amo el pasado como única existencia, ser es haber sido, hoy es ayer, mañana nunca. Y ahora, cuando nada queda ya de aquellas breves horas en que vivir fue bello, después de haber negado tanto, quisiera creer en algún dios para salvarte del olvido.

Lo nuestro murió de precaución. El miedo a que nos juzgaran y no nos entendieran nos hizo refugiarnos en las sombras que acabaron apagando nuestra luz. Nos alejábamos cuando sentíamos que podíamos molestar a alguien, pues siempre antepusimos lo que pensarán los demás. Incapaces de defendernos de cualquier ataque, nos negamos repetidas veces y nos tratamos como desconocidos fingiendo que no dolía. Temiendo ofender a alguien, no tuvimos valor para proclamar lo que sentíamos, fuimos víctimas de nuestra indecisión y torpeza, inseguros como adolescentes inexpertos, y nos creímos culpables de nuestros deseos. Para no hacer daño a otros nos lo hicimos a nosotros mismos. Y aunque no fuimos nada, lo fuimos todo. Sí, ahora que todo eso se perdió para siempre y solo nos queda luchar contra el olvido, me doy cuenta y puedo decirlo alto y claro, lo que nos mató fue nuestra inmensa cobardía.

Puedes temer al futuro, interpretar las señales que surgen a tu paso como signos evidentes de la derrota que se avecina, negarte el derecho a la felicidad, caminar siempre por la sombra, poner tú mismo las piedras en el camino, pero eso solo hará que no puedas apreciar su belleza. Tal vez, dirás, no esté en tu mano elegir, que nadie prefiere el dolor si puede evitarlo, que todos buscamos el sol en los días fríos, y tienes razón, pero hay muchas cosas que puedes hacer para evitar que se apodere de todo: crear el escenario adecuado para que no aparezca, rodearte de personas que te den luz y sepan cómo aliviarlo, ocupar tu mente con asuntos sencillos que ofrezcan recompensas inmediatas, repetirte mil veces que todo va a salir bien hasta creer en ello. Nada de eso impedirá que suceda lo inevitable, el dolor y la rabia forman parte del juego, pero mientras llega te permitirá disfrutar de momentos irrepetibles que hacen que la vida valga la pena, porque no puedes pasar todo el tiempo esquivando escaleras y huyendo de gatos negros, es un esfuerzo excesivo que no puedes permitirte. Dedica mejor tu energía a buscar experiencias enriquecedoras, a sembrar la memoria de recuerdos bellos y ahórrate esas lágrimas para cuando de verdad hagan falta. El miedo nos mata, nos debilita y nos vuelve cobardes, nos arrebatamos presente y futuro y aplasta nuestras ganas. Así que abandónalo de una vez y alimenta la esperanza, porque vivir con miedo es vivir menos.

No hay mucho donde escoger. Puedes acoplarte de un modo perfecto a la rutina gris del día a día, fichar puntualmente sin perder un minuto, cumplir todas tus obligaciones escrupulosamente, superar etapas y aceptar tu sino. Puedes poner mala cara de camino al trabajo, madrugar y tomar café, protestar en los semáforos y despreciar a todo el mundo a tu alrededor, quejarte de los políticos, tus jefes y compañeros, negar tus sentimientos y adoptar como propias ideas ajenas que tanto esfuerzo te ahorran. Hablar sin parar de lo divino y de lo humano y no hacer nada con tu vida. Decir sí a todo mientras piensas no, para acabar haciéndolo de todos modos. Puedes dejarte llevar por lo que se supone que debes hacer, integrarte en el engranaje del sistema a la perfección, dejar que otros elijan por ti lo que haces, lo que comes y lo que piensas, aceptar la configuración por defecto creyendo que es la única o incluso la mejor, nadar como pez en el agua que no sabe lo que es el agua, creyendo que surcas el mar e ignorando que estás en una pecera, congelar tu vida para que nadie pueda modificar nada, cumplir los trámites sin saltarte ni un paso, rellenar formularios que no entiendes y fingir que comprendes algo, acudir a compromisos insoportables aunque no te apetezca, asentir con la cabeza y negar con el corazón, dar la razón a quien no la tiene y quitársela a quien te gustaría creer. O puedes dejarte de tonterías y tomar las riendas de tu vida para hacer todo lo que siempre quisiste y nunca te atreviste a intentar. No hay más. Tú decides.



Ya no me preocupa lo que puedas pensar o decir de mí. Llegó un momento en que me cansé de escuchar continuas críticas sin sentido y aprendí a ignorar lo que no me importaba. Incapaz de seguir todas las normas, decidí no cumplir ninguna e inventar las mías propias, que puedo romper cuando me apetezca sin rendir cuentas a nadie. Harto de esconder mis diferencias, me dediqué a exhibirlas con descaro como seña de identidad, cuando comprendí que no debía avergonzarme de ellas. Tal vez no te agrade mi compañía ni te sientas cómodo en mi presencia. Eso tiene fácil solución. Quizás no te guste cómo soy, pero ese no es mi problema sino el tuyo. Puede que no estés de acuerdo con mis opiniones ni compartas ninguna de mis creencias. No te lo reprocho ni trato de convencerte de nada. Tranquilo, puedes decir lo que quieras, porque nada de eso me afecta. Ante la imposibilidad de gustar a todo el mundo, elegí gustarme a mí mismo y pago con gusto el precio de lo diferente. Ya no me planteo a quién puedan molestar mis acciones u ofender mis palabras. Porque yo no me equivoco, hago las cosas a mi manera.